

FLORES SANGRIENTAS

Infierno sangriento el que me tocó vivir en la tierra.
La hermosa concertista toca el violín.
Ante cada rasgada con el arco a las cuerdas del violín,
se abre más la herida
y empieza a sangrar,
al comienzo gotita a gota,
por donde hincaron las espinas del tallo
de las rosas que me envolvieron de cuerpo entero
que hicieron ramos de rosas rojas como el que
recibió la talentosísima violinista.
Luego los hilos de sangre
se convirtieron en riachuelos caudalosos
que luego empaparán mi ropa.

Anda, siéntate al piano,
me dijo,
o coge el saxofón.
Mejor descorcho otro champán.
La cama está tendida.
La orquesta toca a Beethoven.
La violinista se luce tocando un “solo” solo para mí.
La cama está dispuesta.
Vamos al teatro.
A ti te gusta ¿no?
Bailemos solos esta pieza
bajo los reflectores,
envueltos en oscuridad.
Luego acostémonos en la cama
abierta.
Esa cena romántica con velas para dos.
La cama se humedeció
de nuestros líquidos de amor y sexo,
de tanto sudar sangre púrpura, azul,
como la que brotaba de tu sexo lechosamente aguada.

Nuestro novelista Mario Vargas Llosa es leído,
nuestro celebrado premio Nóbel.
Yo soy el poeta,
virtuoso y consumado.
Mario Vargas Llosa dona su biblioteca.
Yo también quiero ser un prócer o
quizás un heraldo multicolor.
Mario Vargas Llosa recibe las mismas rosas salvajes
como agradecimiento simbólico
a su aporte incalculable
al patrimonio de la humanidad.
Yo también soy una gloria nacional.
Amamos igual la belleza intelectual.
Cada quien sangra a su manera.

Mientras la orquesta sinfónica
estalla en un fortísimo éxtasis,
miro a la deslumbrante violinista,
delicada como una bailarina de ballet,
bella,
como la vida misma,
bella,
como el arreglo floral,
fértil, frondoso y lozano,
que con el tiempo marchitará

Mauricio **d**el **C**ampo

30 de marzo del 2012 d. de C.